

Ivan Illich o el nacimiento del hombre alfabético

Adolfo Castañón

IVAN ILLICH es una figura eminente de la cultura crítica del siglo xx, uno de los maestros pensadores de la crítica radical al progreso y a la no tan pacífica modernidad.

Sus libros, publicados en varias lenguas, permitieron establecer una distancia en relación con las diversas instituciones de esa claridad desierta que es la de nuestra modernidad: la escuela, la medicina, el trabajo, la industria, las formas de relación social. Illich no estaba ni en la competencia ni en el mercado: buscaba formas de salir del laberinto y al parecer encontró toda una variedad.

Ivan Illich nació en Viena, Austria, el 4 de septiembre de 1926 y murió en Bremen, Alemania, el 2 de diciembre de 2002. Ese arco de 76 años abarca uno de los itinerarios intelectuales más ambiciosos e incisivos del siglo xx. Hijo de un padre católico de origen dalmata y de una madre alemana y judía, Illich nace en el seno de una familia naturalmente políglota (cuando se le preguntaba a Illich cuál era su lengua materna, la respuesta solía ser: “Sinceramente, no sé. En la casa solíamos hablar cuatro

idiomas”¹). Francés, italiano alemán, serbocroata, la lengua de sus abuelos, eran los idiomas de la familia. Además aprende griego, latín, español, portugués, hindi, entre otras lenguas. Llega a Italia cuando se desata en Austria la persecución en contra de los judíos, en 1941. En Florencia estudia cristalografía y química inorgánica (1942-1945), luego de haber cursado los estudios preparatorios en el Liceo Científico Leonardo da Vinci. Estudia (*cum laude*) en Roma filosofía y teología (1944-1951) y obtiene en la Universidad de Salzburgo un doctorado en historia (*magna cum laude*) con una tesis sobre las fuentes filosóficas y metodológicas de Arnold Toynbee, asesorado por sus maestros Albert Aver y Michel Muechlin. Más tarde, en Princeton, sigue estudiando con Aver las relaciones entre macro y micro cosmos en Alberto Magno y sus discípulos. A principios de los años cincuenta, se ordena sacerdote, parte hacia Nueva York en 1951, pide un lugar en la parroquia puertorriqueña de Nueva York y así se queda en Nueva York unos años hasta que en 1956, a los treinta años, es nombrado vice-rector de la Universidad Católica de Puerto Rico

A fines de los años cincuenta funda en la Universidad de Furdham en Nueva York, el Centro de Formación Intelectual (C.I.F.) con el propósito de capacitar a los misioneros

¹ Citado por Carlos Monsiváis, “Ivan Illich” en *El Universal*, México, 1/01/2003.

usamericanos no tanto o no sólo para que hablen español sino para ayudarlos a respetar y entender la cultura y costumbres de los habitantes de América Latina. Este será el antecedente del Centro que a partir de 1961 operará en Cuernavaca y que funda con la colaboración de Valentina Borremans, Feodora Stancioff y Gemy Morris, entre otros, con el propósito de debatir el papel y la misión de la Iglesia en América Latina.²

Poco tiempo después, en 1966, el CIDOC ya es un espacio abierto a la reflexión crítica por donde transitan personalidades destacadas de todo el mundo (Erich Fromm, Paul Goodman, Peter Berger, Sergio Méndez Arceo, Paulo Freire). “De las discusiones que se llevaron a cabo en esos años —apunta Braulio Hornedo en su semblanza— surgieron los *Cuadernos de Cidoc*, pequeños volúmenes editados, impresos y encuadernados internamente, con inaudita velocidad e independencia para la tecnología editorial de la época (sin fotocopiadoras económicas y rápidas ni mucho menos computadoras o impresoras láser) (...) De esos cuadernos provienen los primeros libros o “panfletos” publicados por Ivan en español durante la década de los setenta: *La sociedad desescolarizada*, *La convivencialidad*, *Energía y equidad*, *Desempleo creador*, etc. Durante esos años Illich hizo severas críticas a la Iglesia Católica: en una

² Cfr. Braulio Hornedo: “Semblanza de Ivan Illich”, *La Jornada Semanal*, 19/01/2003.

conferencia incluso la compararía con la Ford Motor Company. Acusó a la Iglesia de no ser más que “otra burocracia que promovía ese veneno llamado modernidad o desarrollo”.³

El pensamiento de Ivan Illich pasa por una crítica de las necesidades espúreas o apócrifas inventadas por la civilización. Inspirándose en parte en las ideas de Lewis Mumford y Jacques Ellul, Ivan Illich plantea en *Toward a history of needs* (1977) una revisión sistemática de las necesidades inventadas por la modernidad. Ahí sostiene —como recuerda Ramón Xirau— “con radicalismo y con visos de verdad que la sociedad industrial había promovido una nueva élite de profesionales, cuyo trabajo consistía en convencernos a todos de que ‘necesitamos lo que no necesitamos’. Frente a ella, es importante recordarlo, se podría oponer (¿realmente? ¿idealmente?) la convivialidad (*tools for conviviality*)”.⁴

Entre sus lectores mexicanos destacan el poeta y ensayista Gabriel Zaid⁵ y Javier Sicilia⁶

II

No se usa la energía proveniente de los yacimientos fósiles sin algún tipo de castigo: en lo externo es sabido que el abuso de los combustibles ha producido un proceso de calentamiento de la

³ *Íbidem*, p. 10.

⁴ Ramón Xirau: “Ivan Illich”, *Letras Libres*, Enero, 2003, Núm. 49, p. 89.

⁵ Gabriel Zaid, *El progreso improductivo*. México, Editorial Siglo XXI, 1979, 387 pp.

⁶ Javier Sicilia y Jean Robert. “Perfil” en *Letras Libres*, marzo, 2001.

atmósfera que ha distorsionado las pautas climáticas y que seguramente lo seguirá haciendo. Sin embargo, en lo interno esos efectos no son tan fácilmente discernibles y sin embargo están ahí. Uno de ellos es la prisa que nos arranca de nosotros mismos y nos hace andar volando “sin tiempo para respirar”, como dice la voz popular. Nos asfixiamos dentro de la burbuja inmóvil de la prisa y la velocidad, la productividad y la eficacia. Antes de preguntarnos cómo detenernos, acaso sería aconsejable profundizar en el origen de la precipitación. No empleamos la energía fósil impunemente y los fantasmas orgánicos derivados de esa energía nos envuelven en una malla invisible de exigencias. Es como si una túnica maldita —un impalpable túnica de Neso— nos envolviera en hormigueantes vendajes, como si la sombra de la endiablada energía fósil nos fustigara y azuzara. Hay una relación entre el poder de esos invisibles fantasmas fósiles y los espejismos virtuales que constituyen buena parte de la imaginería contemporánea. Esa es quizá una de las razones de que, por así decir, el hombre contemporáneo tenga un inconfundible mal aliento: un olor a prehistoria y a vida primitiva, un tuvo a salvajismo. Es quizá también esa una de las razones que explican la fascinación del hombre contemporáneo por aquellas edades primitivas de la vida de las cuales se alimentan precisamente nuestros medios de comunicación y de información, de transporte y de cocina.

Somos la página y la pantalla, el signo que leemos pero también la luz o la energía que nos permite leerlo. Me viene a la mente la imagen del muchacho que se gana la vida en las esquinas de una calle de México —aquí el circo, el teatro *es* la calle— escupiendo fuego alimentado por petróleo: al mirar a uno de esos comelumbres por primera vez he tenido la impresión de que era el fuego el que lo devoraba a él. ¿Y si los dinosaurios y los desechos orgánicos estuviesen gozando una especie de resurrección consciente a través de nuestros motores? ¿Qué convocatoria oculta su despliegue a través de nuestro derroche energético? ¿A qué fuerzas estamos llamando?, ¿o será que son ellas las que nos han llamado?

Preguntas de este orden animan la crítica de Ivan Illich a la civilización contemporánea que él nos ha enseñado a ver no como algo intrínsecamente bueno cuyos efectos secundarios son negativos sino como algo intrínsecamente nocivo que deberíamos buscar sustituir o transformar radicalmente.

Uno de los instrumentos clave de la crítica de Illich es el concepto de “contraproductividad” que sirve para analizar cómo, más allá de ciertos umbrales inferiores de desarrollo, las grandes instituciones de la sociedad industrial se transforman en el principal obstáculo para realizar los objetivos que les dieron nacimiento: así los hospitales y la medicina institucional corrompen la salud en vez de cuidarla, las escuelas y

universidades sirven para promover la falta de curiosidad, la ignorancia y la estupidez, la saturación de automóviles y transportes en las ciudades producen inmovilidad, el florecimiento de los medios de comunicación alimenta la sordera e inhibe la palabra, los flujos y autopistas de comunicación digital inducen una devastación del sentido y de la articulación comunicativa, los alimentos industriales están a caballo de la basura y el veneno y, en fin, el empleo abusivo de las energías fósiles que vuelven a poner en movimiento la vida pasada a través de motores, turbinas y centrales termoeléctricas representan una amenaza inminente y plantean la aniquilación de toda vida presente y futura.

La crítica de Ivan Illich arranca de un examen minucioso y sistemático de los mecanismos de la contraproductividad. De hecho, su itinerario intelectual repasa una a una las estaciones o casos en que esa acción contraproductiva se declina: ya sea en la escuela (*La sociedad desescolarizada*), en las instituciones médicas (*Némesis médica*), en los espacios de familiaridad, en la sociedad jerarquizada (*La convivialidad*). Esa acción contraproductiva se aplica a la producción de valores de uso desde un modo heterónomo, es decir, derivado y dependiente de energías mecánicas. El modo heterónomo se opone al autónomo donde el individuo se basta a sí mismo o sólo depende de su propia energía (por ejemplo, la bicicleta). Ivan

Illich no sólo critica y analiza minuciosamente los mecanismos contraproducentes derivados del modo heterónimo, sino en haber planteado la articulación de ambos modos como una alternativa ineludible a la vista del agotamiento inminente (2040 y 2050) de las reservas energéticas mundiales. La convergencia o sinergia positiva de ambos modos no es posible más que en ciertas precisas condiciones. Esa sinergia positiva resulta muy difícil pues la producción heterónoma produce tal reorganización del medio físico y del ambiente simbólico e institucional que las facultades autónomas se ven paralizadas y se inicia el círculo vicioso de la contraproduktividad: y cuanto más se rompen los vínculos naturales del hombre consigo mismo y con los otros más poderosa es la demanda de sustitutos heterónomos que dan la ilusión de permitir sobrevivir en un mundo cada vez más enrarecido al tiempo que se consolidan las condiciones que vuelven necesaria tanto aquella ruptura como esta demanda. Gracias a la luz del análisis alternativo de Illich podemos darnos cuenta de por qué estamos tan apegados a eso mismo que nos destruye.⁷

Adolfo Castañón: poeta, ensayista libertario, lector pantagruélico e infatigable sembrador editorial. Nació en la Ciudad de México el 8 de agosto de 1952. Lector atento y factor clave para la publicación de las Obras reunidas de Iván Illich en el Fondo de Cultura Económica.

⁷ Cf. Dupoy: “Ivan Illich o la buena noticia” (*Le Monde* 27.12.2002)